



Osvaldo Picardo

Colgados del lenguaje. Poesía en las ciencias.

Rosario: Baltasara editora

2018

166 páginas

Diálogos entre la poesía y las ciencias

Cristina Beatriz Fernández¹

Siempre es placentero encontrar un libro que trate de acortar las distancias entre esos saberes y prácticas que la modernidad occidental ha distanciado cada vez más, en virtud del proceso de especialización, que se incrementa constante y exponencialmente. De ahí el interés que puede revestir un ensayo como el que Osvaldo Picardo ofrece en el volumen que nos ocupa donde, sin afán de agotar un tema tan interesante como inmenso, ofrece un itinerario posible, de preguntas y lecturas, para quien esté interesado en los cruces entre la literatura, más específicamente la poesía, y las ciencias.

El volumen se organiza en una introducción y dos partes. En la introducción, “Los arco iris de Keats y de Newton”, el autor pasa revista rápidamente a los debates acerca de las

“dos culturas” de mediados del siglo XX y reflexiona sobre los escritos de Aldous Huxley, para introducirse en el tema a partir de la imagen del arco iris presente en el libro de Richard Dawkins, *Destejiendo el arco iris*. En ese texto, Dawkins ponía en diálogo la poesía de John Keats y sus lamentos ante lo que consideraba la destrucción de la poesía presente en el fenómeno del arco iris por parte de Isaac Newton, en virtud de sus estudios sobre la óptica. El escritor británico era, precisamente, uno de los mejores exponentes de la veta anticientífica del romanticismo, como se puede apreciar en su poema “Lamia”, claramente enfrentado a la tradición utilitarista anglosajona. Muy prontamente la escritura de Picardo derivará hacia lo que es el eje de este ensayo: las cuestiones retóricas que están en la frontera entre la poesía y la ciencia, su mutua y difícil inteligibilidad, y

¹ Profesora Asociada en la cátedra de *Literatura y Cultura Latinoamericanas I* del Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, UNMDP.

Investigadora Adjunta del CONICET. Contacto: cristina.fernandez@conicet.gov.ar

también la inscripción del lenguaje e imágenes de las ciencias en la poesía, por ejemplo, en la obra del argentino Joaquín Giannuzzi. La presencia de poetas en lengua castellana será una constante de este ensayo que es de agradecer ya que, quizás por el peso que han tenido los escritores científicos en los países anglosajones, son varios los libros que retoman la vinculación entre la ciencia y la literatura poniendo el eje en la producción en lengua inglesa, con la meritoria excepción de algunas figuras como Rafael Catalá, quien se ha esforzado por sistematizar las relaciones de la ciencia con las letras hispánicas, en particular con las de América Latina, o de Miguel de Asúa, quien incluye en su historización de las relaciones entre ciencia y literatura las sátiras a la medicina del Siglo de Oro español.

La primera parte, “La poesía de las ciencias”, cuenta con un primer capítulo destinado a los “científicos poetas” y allí Picardo pone en escena anécdotas y datos biográficos acerca de la escritura de algunos científicos que entretuvieron sus ocios con la poesía, en la cual filtraron parte del léxico y las imágenes de su práctica científica. Así, aparece el caso de James Clerk Maxwell y su poesía inspirada en el funcionamiento del telégrafo, aunque su ejemplo no fue único en la Inglaterra victoriana, cuando la formación en las letras era parte de la educación que alcanzaron varios de los hombres que luego se dedicaron a las ciencias. El segundo capítulo de esta sección, “Del otro lado del telescopio”, vuelve a hacer hincapié en las cuestiones retóricas y en el impacto que tuvieron en los debates acerca de la jerarquización de las disciplinas o en torno a la diferenciación entre el contenido y el

método en las ciencias, en un contexto determinado: Cambridge en la década de 1830. Sus posteriores proyecciones en la búsqueda de una lengua perfecta para las ciencias, es decir, pretendidamente objetiva y exacta, no deberían hacernos olvidar, como dice el autor de este libro, que “Hasta bien entrado el siglo XIX los filósofos naturales y los científicos, sabían de memoria los preceptos de la retórica de Quintiliano y los discursos de Cicerón, entre otros clásicos grecorromanos, como parte de su educación inicial” (37), lo cual queda en evidencia en ejemplos como la prosa de Charles Darwin, bien nutrida por varios de esos recursos retóricos que solemos asociar con la poesía. “Las dificultades para construir un puente” se llama el tercer apartado, que comienza haciendo una alusión al éxito editorial del género de la divulgación y a algunas de sus figuras estelares, tanto en el ámbito local como en el internacional (Sagan, Gould, Moledo, Paenza, Golombek, son algunos de los apellidos citados). Precisamente aquí, Picardo vuelve a señalar el problema que representa el salto del “lenguaje formal de la especialidad” a otros registros que permitan la comunicación en la esfera pública. Tomando como punto de origen de esta tradición la siempre sorprendente estrategia galileana de escribir sus famosos *Diálogos* en lengua italiana y no en el latín académico –un caso magistralmente estudiado, en nuestro idioma, por Guillermo Boido – Picardo vuelve a señalar el peso de las cuestiones lingüísticas en la separación entre “las dos culturas”, según la fórmula canonizada por Charles Snow. El cuarto capítulo, “La hermenéutica de la gravedad cuántica”, señala cómo el lenguaje técnico de las ciencias se ha colado, por impacto de las innovaciones tecnológicas, en nuestra

lengua cotidiana, lo que lleva al empleo frecuente y, muchas veces, impreciso, de tecnicismos en ámbitos que no les son propios. Brevemente, esa sección reseña el escándalo del “caso Sokal” y pone en evidencia, a la inversa, el modo en que el lenguaje de las ciencias está atravesado, también, por el lenguaje figurado –algo que la crítica, sobre todo, repetimos, anglosajona, había observado en estudios como el ya clásico de David Locke–. La cita de Niels Bohr, “Colgados del lenguaje”, que le da título al libro y al quinto apartado, es el puntapié para concentrarse en reflexiones inspiradas por la circulación de dos palabras: “incertidumbre” y “ambigüedad”. Es en esta sección donde el autor establece una distinción entre el lenguaje informal y el formalizado, en el mismo campo científico:

Hablo de lenguaje informal en oposición al lenguaje formalizado que es un lenguaje sometido a reglas fijas de expresiones, símbolos, ecuaciones, fórmulas y significados. En matemáticas, física, lógica, etc., es el lenguaje cuyos símbolos primitivos y reglas para unir esos símbolos están especificados por una larga tradición histórica y una comunidad científica que lo avala y reformula. (Picardo 2018: 50)

A continuación, en “Una belleza difícil de alcanzar”, Picardo cierra el círculo regresando a Dawkins, al arco iris de Newton y a la poesía de Keats, para reflexionar sobre la dimensión estética de la ciencia y señalar, como dato inquietante, el elitismo intrínseco al desarrollo de esa capacidad de apreciación de los logros científicos en términos estéticos. En el capítulo VII, “Ese constante fluir de la luz

a las tinieblas”, avanza en la misma línea y ofrece esta distinción, que ilustra con referencias al “Canto cósmico” de Ernesto Cardenal:

Los lenguajes de las ciencias y de la poesía permiten pensar en dos estrategias aplicadas al problema de la polisemia, es decir su capacidad de significar. Por un lado el lenguaje científico intenta sistemáticamente ser más monosémico y eliminar la ambigüedad; por el otro, el poético intenta multiplicar significados y obtener una ganancia de sentido. (Picardo 2018: 66)

En los capítulos VIII y IX, “El inefable salto del electrón” y “La consiliencia del zorro y del erizo”, Picardo destaca la presencia del lenguaje figurado, especialmente analogías y metáforas, en el lenguaje científico, su rol en la nominación de los descubrimientos científicos y su peso en la divulgación y la didáctica de las ciencias, que complementa con una síntesis de los clásicos estudios de Stephen Jay Gould y Edward Wilson.

La segunda parte, “La ciencia y las ciencias en la poesía” es quizás el aporte más significativo de este ensayo, porque ofrece un recorrido por poesías, muchas de ellas en lengua castellana, que se vinculan por distintos motivos con las ciencias. En el capítulo “La ciencia como tema del poema”, por ejemplo, se habla del lenguaje científico como fuente de metáforas – una idea que se remonta, al menos, hasta Samuel Taylor Coleridge –, se pasa revista a referencias a las ciencias en la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer y, siguiendo la cronología de María Helena Santana, se reseña la relación de las ciencias con la poesía en distintos momentos: el naturalismo, el modernismo –en el sentido

que se le da al término en el mundo de habla portuguesa, es decir, coetáneo a las vanguardias hispánicas– y el futurismo como caso estelar, hasta llegar a las formas paródicas del posmodernismo. La sección “El poema y los temas de las ciencias” se concentra en “el texto poético donde se proyecta o traslada un discurso científico, a través de una terminología específica o de una temática que proviene de las ciencias” (103). Ciertamente no se puede hablar de escuelas o tendencias al respecto, y muchas veces, no es la obra completa ni un poemario entero de un autor los que siguen este eje compositivo, pero eso no resta importancia a la frecuencia con que aparece la cuestión, sobre todo en autores del siglo XX, como ocurre con Francisco Brines y Andrés Neuman. Siguiendo en este punto a Miguel García Posada, Picardo advierte que el panegírico es uno de los géneros poéticos que suele utilizarse con estos fines, como lo ilustran los panegíricos a Darwin escritos por el autor alemán Hans Magnus Enzensberger, en una línea que tiene entre sus precursores a Gaspar Núñez de Arce o César Vallejo. Esta mención a los géneros poéticos se continúa en el apartado III, “Sobre la proyección del discurso científico”, donde, siempre siguiendo al español García Posada, se agregan al panegírico, el uso metafórico del lenguaje científico y, a la inversa, el tránsito del discurso poético por los entresijos del discurso científico. Se trata, en definitiva, de procesos de representación que tienen a las ciencias como fuente temática o recurso retórico, de poemas que tocan tangencialmente lo científico o extraen del discurso de las ciencias o del imaginario social alimentado por ellas, alguna mención funcional al texto, no para explicar o divulgar la ciencia, sino al servicio de la

creación poética, como ocurre en algunos textos de Pablo Neruda o Luis García Montero. La expresión “¡Oh, Ciencia!”, proveniente de un verso de Edgar Allan Poe, da título al apartado siguiente, donde se ilustra el modo en que la poesía experimentó la necesidad de hablar de las ciencias mientras pronunciaba un lamento ya nostálgico de esa mirada mítica que había permeado el mundo con anterioridad al racionalismo científico. Otro poeta que aparece aquí es Alberto Caeiro, uno de los varios heterónimos de Fernando Pessoa y también, quizás curiosamente, Leopoldo Marechal, con un precoz poema didáctico. Y es que a diferencia del panegírico, que fue cultivado hasta nuestra época, el poema didáctico como modalidad fue abandonado mucho antes, en favor de versiones más modernizadas de la divulgación científica. En el capítulo V, ante la pregunta “¿Qué queda, ciertamente, por escribir?”, se enumeran categorías que nuclea los distintos ejemplos que se han ofrecido en el volumen: poemas que usan terminología de las ciencias en forma funcional o simplemente en forma retórica, poemas con correlatos científicos para tratar otros temas no científicos, poemas que hablan de la Ciencia de acuerdo con un imaginario social determinado, poemas didácticos con temas científicos y panegíricos en alabanza de hombres de ciencia. En este capítulo y los siguientes, “Los murmullos del yo”, “La forma es algo bastante informal” y “El misterio de todo lo que existe”, desfilan los nombres de escritores como Alfredo Veiravé, Joaquín Gianuzzi, Héctor Freire y Arturo Álvarez Sosa. Finalmente, en “Mucho más queda sin decir”, el autor cierra el libro destacando el rol de la ciencia en la cultura, mientras señala la paulatina pérdida de predicamento de la

poesía en el espacio social. No obstante, considera que entre ambas prácticas, vinculadas, a su vez, por una dimensión cognitiva, existen relaciones profundas que merecen ser analizadas con mayor detenimiento, un análisis para el cual este ensayo es un punto de partida motivador.

Bibliografía

- Boido, Guillermo. *Noticias del planeta Tierra. Galileo Galilei y la revolución científica*. Buenos Aires, A – Z editora. 1996.
- Catalá, Rafael. “Para una teoría latinoamericana de las relaciones de la ciencia con la literatura: la ciencia y poesía”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXVIII, 67-68 (1990): 215 – 223.
- de Asúa, Miguel. *Ciencia y literatura. Un relato histórico*. Bs. As., EUDEBA, 2004.
- Locke, David. *Science as Writing*. New Haven / London, Yale University Press, 1992 (hay traducción al español: *La ciencia como escritura*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997, Trad. de Antonio Méndez Rubio).